

Take it easy: esencia, apariencia y presencia de la frivolidad

Ramón León Donayre*

Alfredo Zambrano Mora**

Resumen

A partir del presupuesto que el estudio de la frivolidad es un tema muy serio, en el presente trabajo se formula un ensayo de fenomenología de la frivolidad. Se dice que estos son tiempos que la promueven y que en general las personas valoran la frivolidad como un rasgo caracterológico positivo. Los autores señalan sus más pronunciadas características: la ausencia de una actitud de seriedad frente a las cosas, así como de preocupaciones acerca del sentido de las situaciones y la consistencia de la conducta personal; superficialidad, búsqueda de lo nuevo por lo nuevo y volubilidad. En el marco del artículo, además de tratar de cada uno de estos rasgos, los autores hacen una breve historia de la frivolidad; tratan también de las relaciones entre la frivolidad y el lenguaje. Asimismo, se refieren a su presencia en el contexto latinoamericano (con especial referencia a ejemplos históricos en el Perú y Chile) y a su ocurrencia en algunas profesiones y ocupaciones, concluyendo que el lema rector de las conductas frívolas es take it easy.

* Psicólogo, profesor de las universidades Ricardo Palma y de Lima, Perú.

** Psicólogo, Universidad Ricardo Palma, Lima, Perú. Académico, Escuela de Psicología, UCINF.

Tratar de la frivolidad es una tarea muy seria. Lo que parece un concepto sencillo, fácil de delimitar, cuando uno se acerca a él descubre que es un término lleno de aristas y de connotaciones, algunas de gran complejidad.

Pecado, defecto, rasgo de personalidad, actitud frente a la vida: todos esos términos se han aplicado y se siguen aplicando a la frivolidad.

Como pecado es condenada por todas las religiones. La guerra santa que prescribe el islamismo y el reproche de la tibieza de corazón en el cristianismo, no son otra cosa sino un rechazo radical de la manera frívola de creer, actuar, sentir y vivir hasta donde nos sea conveniente, sin esforzarnos, sin dar todo de nuestra parte, sin presentar un testimonio de nuestra fe.

Como defecto, la frivolidad es una deficitaria toma de conciencia y una anémica disposición a la acción con respecto a una situación que demanda definiciones, que exige profundidad de visión, reflexión de largo aliento e intervención decidida.

En su calidad de rasgo de personalidad, la frivolidad encarna una tendencia a la excentricidad, a la diferencia-

ción por las apariencias; una predilección por la trivialidad, vanidad y necesidad de llamar la atención.

Por último, la frivolidad como actitud frente a la vida es un dejarse llevar por las circunstancias, la aceptación de lo dado como definitivo; el no cuestionarse a sí mismo. Una forma particularmente sofisticada de la resignación.

Hay, además, una vinculación entre la frivolidad y la cronología personal. La frivolidad tiene que ver con la edad. Es difícil que alguien pueda calificar a un niño de diez años como frívolo. En todo caso, podríamos decir de él que está siendo educado en medio de frivolidades y que se está haciendo de él alguien frívolo. La frivolidad exige mayoría de edad pero, más que eso, capacidad para razonar. Jóvenes y adultos pueden ser frívolos, más aún si viven sometidos a los estímulos de la sociedad moderna.

La frivolidad ha sido atribuida sobre todo a las mujeres. Tal vez esto tenga que ver con el hecho de que a ellas, históricamente, se les ha asignado escasa capacidad para el pensamiento reflexivo, tendencia a la volubilidad y proclividad a la emotividad, tres rasgos que parecen distintivos de

la frivolidad. Habladoras, chismosas, vanidosas, intrigantes, peligrosas, volubles: así eran vistas las mujeres en un pasado que en muchas sociedades no es en realidad tan lejano (Steiner, 1995). Hombres frívolos eran difíciles de imaginar, excepto en el caso de los homosexuales, vistos además como anormales y decadentes (Mira, 1999; Fone, 2000).

Sin embargo, la frivolidad no es propiedad exclusiva de uno u otro sexo. ¿Por qué no podrían haber hombres frívolos? ¿Por qué no podría existir una relación entre masculinidad y frivolidad, ahora que el concepto de masculinidad se revela como problemático? (Badinter, 1993), ¿ahora, que muchos hombres adoptan con entusiasmo conductas que antaño fueron vistas como frívolas y, por tanto, femeninas, tales como teñirse el pelo, cuidar la silueta, someterse a la cirugía plástica? Los tiempos modernos apuntan a que la frivolidad es una característica independiente del sexo.

Y los tiempos modernos son, para muchos pensadores, sinónimo de frivolidad. Tener más que ser es uno de los rasgos más destacados, tal como lo ha señalado Erich Fromm (1984). Consumir más que vivir —o mejor,

vivir a través del consumo—; desempeñar con éxito roles sin preocuparse mucho por la propia identidad. Cultivo de relaciones con las personas “apropiadas” y con las instituciones convenientes. Imposición de la imagen como vía de acceso al conocimiento; actividad más que reflexión; éxito más que sentido de la existencia. “El yo de la sociedad moderna es frágil, quebradizo, fracturado, fragmentado”, escribe Giddens (1997; 215).

La relativización de las normas, el declive de la influencia de la religión, las seguridades inherentes a una sociedad que ofrece todo a sus miembros, pero que les reclama conformismo y consumismo, constituyen el fértil caldo de cultivo de la frivolidad.

1. HACIA UNA HISTORIA DE LA FRIVOLIDAD

Imposible hacer una historia de la frivolidad. Tan lejanos son sus orígenes. Pero sí podemos imaginarnos el contexto en el cual se dieron las condiciones para su desarrollo.

En sociedades con escaso desarrollo las conductas frívolas no tienen opor-

tunidad de surgir. Grupos humanos que viven en condiciones de crasa subsistencia son gobernados por la impostergable necesidad de alimento y de un mínimo de seguridad física. ¿Qué posibilidades podrían tener comportamientos frívolos?

Impulsividad y falta de racionalidad, al menos de la racionalidad tal como ella es entendida en Occidente, determinan una forma de existencia más bien elemental, primitiva a nuestros ojos, que no posee los niveles de diferenciación que caracterizan a la frivolidad.

El crecimiento de las ciudades, con su complejidad y variedad de contactos humanos, pero también con la deshumanización de las relaciones humanas (Saccà, 1996), con la aparición de profesiones y ocupaciones inimaginables en estadios previos de desarrollo social, con la vida en comunidad que impone reglas y rituales, crea una atmósfera diferente. Los individuos ya no valen sólo por su capacidad (fundamentalmente vinculada a su masa física) para el ataque y la defensa, y por sus habilidades para agenciarse alimentos para sí y para los suyos. Otros atributos comienzan a ser tomados en cuenta: las habili-

dades verbales, por ejemplo. Mediante ellas se preservan tradiciones, se comunican importantes experiencias y se establecen, explican y modifican normas que cada vez deben ser más precisas para garantizar el orden propio de la vida de la ciudad.

También cobra gran valor la posesión de conocimientos y habilidades muy específicos, referidos a la salud y a la enfermedad, por ejemplo. Mientras que en las tribus primitivas las funciones de magia, religión, interpretación de las costumbres, poder curativo, propiciación, etc., están a menudo reunidas en un solo hombre (Rhodes, 1985), el desarrollo de la civilización estimula una separación de ellas.

Pero también otras cualidades muy particulares ganan en significado: la posibilidad de imaginar y predecir lo que puede suceder si se toma tal curso de acción; el arte de proponer alternativas o de sondear el ánimo del otro con el fin de llegar a un acuerdo, obtener una ventaja o derrotarlo; la posesión de capacidades de liderazgo para la configuración de la estructura social.

Por su parte, las habilidades para la defensa y el ataque se concentran en

un grupo humano, que debe poseerlas y que es valorado por ellas: el ejército. Pero, al interior de la sociedad, otros desempeños, logros y méritos que poco tienen que ver con la guerra, permiten ganar adeptos, seguidores, clientes y protectores.

El proceso de diferenciación social trae también un progresivo cauce de diferenciación individual.

Todo esto se puede observar con claridad en las cortes. En medio de intrigas, de esfuerzos denodados por alcanzar jerarquías o arrancar favores y prebendas; allí donde una palabra dicha de más, demasiado pronto o muy tarde, posee un valor capital para la ubicación social de quien la pronuncia; allí donde adornos en la vestimenta, habilidades sociales, distanciamientos y acercamientos, cobran un sentido.

En *El proceso de la civilización*, Norbert Elias (1994) ha descrito el lento surgimiento de las formas refinadas, de los comportamientos meditados, pensando en la imagen que se ofrece a los demás; pensando en las ventajas y desventajas que ella podría traer, desde entonces hasta nuestros días. Vender la mejor imagen, evitarse

problemas; estar en el lugar oportuno y en el momento apropiado; dejar en suspenso lo que los demás saben de nosotros.

"El jugar a juego descubierto, ni es de utilidad, ni de gusto"; "variar de tenor en el obrar"; "sentir con los menos y hablar con los más"; "nunca descomponerse"; "observar los genios y templarse al de cada uno; al serio y al jovial seguirles la corriente"; "las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Valer y saberlo mostrar, es valer dos veces, lo que no se ve es como si no fuese"; "saber vender sus cosas"; "nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado"; "no empeñarse con quien no tiene qué perder"; "saber jugar del desprecio". No; no es Maquiavelo el que escribe estos fríos, racionales consejos, en los que la inhumanidad está ya en el umbral de la frase. Es otro europeo: nada más y nada menos que el cerebral jesuita Baltasar Gracián, en el *Oráculo manual y arte de prudencia* (2001), una obra dirigida no al vulgo sino al hombre aristocrático y minoritario.

¿Por qué estos consejos? Porque mediante ellos es posible llevar a

cabo una vida lo más tranquila posible, lo menos problematizada por la presencia de amigos inoportunos, parientes empobrecidos, protectores caídos en desgracia; o por situaciones en las cuales uno podría comprometerse más allá de lo debido por causa de un mal entendido sentido de la compasión o solidaridad ("nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado"). Hay que gerenciarse, hay que administrarse; hay que detenerse antes de tomar partido por algo o por alguien, y calcular con cuidado cuánto se habrá de ganar y qué riesgos hay de perder. "Nunca acompañarse con quien le pueda deslucir" y "moderarse en el sentir": fría distancia en el trato con los demás.

Muchos de esos consejos son tomados al pie de la letra por los frívolos.

2. ¿QUÉ ES LA FRIVOLIDAD?

Es necesario, por supuesto, definir en primer lugar qué entendemos por frivolidad. Cinco parecen ser los rasgos distintivos de la frivolidad:

1. la ausencia de una actitud de seriedad en las personas;

2. la proclividad a tomar las cosas de modo superficial, considerándolas no en su esencia sino más bien exclusivamente en sus aspectos exteriores;

3. una ausencia de preocupación por los grandes temas de la existencia y, consecuentemente, una ausencia de convicciones;

4. una marcada, excesiva preocupación por estar al día, por no perderse ninguna de las manifestaciones de la moda y por diferenciarse de los demás a base no tanto de conductas sustentadas en convicciones, sino en apariencias y en rasgos que llaman la atención de los demás; y, por último,

5. la volubilidad.

La enumeración previa exige, sin embargo, algunas precisiones. Las cinco se pueden aplicar a cualquier ser humano, aun al menos frívolo, dependiendo de las circunstancias. Resulta claro que uno no puede ir por el mundo con una *actitud de seriedad*, sin referencia al contexto concreto en el que uno se encuentra. ¿De qué nos sirve esa actitud un sábado a las dos de la madrugada,

viendo una película divertida en la televisión? De otro lado: ¿qué otra actitud podría asumirse otro sábado a la misma hora al lado del lecho de nuestro hijo, con 40 grados de fiebre?

Lo mismo con *tomar las cosas a lo superficial*: resulta que hay cosas que son realmente superficiales. ¿Cuál de los cinco pijamas que tengo debo llevar para un viaje de vacaciones? Y la *ausencia de preocupación por los grandes temas de la existencia*, ¿no es acaso una ausencia que observamos en casi todos los seres humanos y en nosotros mismos?

Asimismo, la *excesiva preocupación por estar al día* puede en muchos contextos ser una invaluable cualidad. Por ejemplo, en el mundo de la bolsa de valores.

Y la volubilidad, por último, es algo que de uno u otro modo ha marcado algún momento de nuestra vida.

¿Significa esto que todos somos frívolos? No. No significa eso. Pero sí demuestra que la frivolidad nos acecha; que puede ser que por confusión, cansancio, desinterés o lo que fuere, podamos comportarnos de

modo frívolo en una situación que demanda otro modo de ver las cosas y de actuar.

Consideremos a continuación las cinco características señaladas.

3. LA SERIEDAD

La seriedad no es una categoría psicológica, sino del mundo de la ética. Se la puede definir como una actitud hacia la vida en la cual aparecen como elementos rectores tres grandes palabras: *deberes*, *convicciones* y *consistencia de sentimientos*. Lersch (1968), delicado fenomenólogo, la ve como un sentimiento despertado por la vivencia de una responsabilidad, y como "quehacer impuesto a los hombres por el mundo y por la vida" (303). Todo esto da lugar a una sólida identidad por parte de las personas, pues resulta difícil imaginarse a una persona seria que tenga una identidad endeble. La seriedad de las personas serias es la base de su identidad.

En la actitud seria frente a la vida, *el deber*, categoría normativa que regula la existencia de cada cual, se convierte en el *locus de control interno* que

determina el rumbo de la conducta y establece los objetivos de ella. Kant elevó el deber a norma suprema del mundo moderno. Aunque obediencia y deber pueden parecer sinónimos en un primer momento, hay diferencias esenciales entre una y otro. La obediencia es irracional, ciega, depende de imposiciones que provienen de una fuerza externa. El deber está enraizado dentro del individuo. Hablar de deber significa hablar de convicciones, pues si el deber es sentido como una fuerza rectora, lo es porque se basa en convicciones.

La *convicción*, a su vez, es una actitud clara, definida frente a una persona, una situación o un tema importante en la vida. Las convicciones conforman la escala de valores de la que tanto se hablaba en el pasado y de la que tan poco se habla hoy. Son un reducto de la subjetividad inaccesible a la componenda y por encima de la negociación, y conforman el horizonte espiritual de la persona, dándole perfil a su carácter. No son, por tanto, sólo ideas o estructuras cognitivas bien meditadas, sino algo más: una integración de afectos e ideas, con particular capacidad para mover a la persona a la acción o para impedir que haga determinadas cosas.

Y, por último, está la *consistencia de sentimientos*. En la seriedad, las personas logran superar la ambivalencia que parece esencial a la vida afectiva de los seres humanos. Más allá de situaciones cambiantes y de variaciones en el estado de ánimo, las personas serias se distinguen por una actitud básica que es coherente, consistente y consecuente en materia de afectos.

Eso no ocurre con las personas frívolas. En ellas el deber no tiene un lugar definido (muchas veces ni siquiera tiene un lugar) y por lo general carece de fuerza. Lo que impera es la *gana*, esto es, el impulso, la fuerza irracional que en un momento determinado aparece en la conciencia del individuo, sin que este pueda entender bien su origen y su sentido, o que resulta simple y llanamente de lo que ocurre en el momento inmediato, y que se impone en la conducta como un impulso que tiende a expresarse en actos irreflexivos o destinados a impactar o impresionar a los demás, al menos en el momento, sin pensar mucho en las consecuencias a largo plazo.

Pero no todo frívolo es impulsivo, ni toda impulsividad está necesariamente vinculada a la frivolidad. A

nadie se le ocurriría calificar de frívolo a Atila, impulsivo y bestial. Muchos frívolos actúan con calma —con estudiada calma y premeditada parsimonia— para llamar la atención, para insuflarse un cierto aire de dignidad, para burlarse de los demás o impresionarlos o, sencilla y llanamente, como un modo de dar algún sentido a un tiempo que aparece como vacío de significado.

Y hay, de otro lado, la impulsividad del salvaje, del criminal, del genocida, gobernado por el fanatismo o por los instintos. Rasputín pertenecía a esa clase de individuos.

Dado el poco conocimiento que las personas frívolas tienen de sí mismas y la ausencia de los deberes como categorías normativas y rectoras de sus vidas, las convicciones son débiles, cambiantes, negociables. O, en otros casos, son entidades estáticas, absolutamente inmunes a la crítica o al reconocimiento de la realidad, lo cual hace que las personas frívolas puedan ser en unos casos cambiantes y en otros, rígidas. Pero su rigidez no proviene de convicciones firmes que, aunque equivocadas, son sólidas y responden a la esencia de la persona, sino, más bien, es el modo

(a veces el único modo) de hacerse valer, de hacer sentir que son fuertes, de sentirse ellas mismas fuertes y de —como se dice en castellano— salirse con las suyas, sin tomar en cuenta para nada si lo que consiguen es lo correcto o lo incorrecto.

Esas convicciones frágiles, endebles, dan lugar a la escasa consistencia de sus afectos, que pueden cambiar con gran facilidad y ante pequeños estímulos o que, a pesar de que la realidad así lo demandara, permanecen inmodificables, lejanos a lo que la circunstancia y la persona pudieran exigir. Quizás el afecto más consistente sea el de la *vanidad* y el de la *necesidad de llamar la atención*, como un modo de afirmar su poco sólida identidad.

La vanidad es la actitud típica del narcisista, escribe el ya citado Lersch (1968). Pero no necesariamente todo vanidoso es frívolo. Es sabida y muy comentada la vanidad de Thomas Mann (Prater, 1995); sería injusto, sin embargo, calificarlo de frívolo.

Por su parte, la necesidad de llamar la atención es una demanda del sentimiento del propio valor, que reclama el reconocimiento de los otros, en el plano verbal o en el del com-

portamiento. Tampoco toda necesidad de estimación es necesariamente negativa. La requiere el médico para ejercer su ministerio; es indispensable para el profesor, que puede gracias a ella inculcar sus enseñanzas con efectividad.

4. LA SUPERFICIALIDAD

El segundo rasgo de las personas frívolas es su superficialidad. Superficialidad en los afectos, en los puntos de vista, en las convicciones, hasta en el razonamiento. Esto no se debe, empero, a limitaciones intelectuales de carácter estructural (como, por ejemplo, un cociente intelectual bajo) sino a un escaso, mínimo deseo de profundizar en el análisis, a una tendencia a "no complicarse la vida" y evitarse problemas con los demás o con ellos mismos. Esa superficialidad las lleva a emitir opiniones que sólo arañan el problema, pero que no lo abordan, pues arañar el problema y no abordarlo es el modo ideal de evitarse problemas, que es en realidad el mecanismo que emplean para eludir preocupaciones.

No es fácil definir la superficialidad y no debe vérsela siempre como algo

negativo. Tal vez lo más acertado que se pueda decir de ella es que puede ser un *rasgo del carácter* pero también una *actitud*. Como rasgo del carácter, la superficialidad es una característica permanente de un individuo, que lo lleva a pasar de lado frente a los principales problemas personales y sociales, propios y ajenos. Es un mirar de lejos, pero no para ganar objetividad, sino para no comprometerse, por desinterés.

Precisamente, el desinterés es el que determina la superficialidad como actitud. Es perfectamente comprensible que el fanático de la música moderna sólo tenga una vaga idea de la grandeza de la obra de Bach o de Mahler. Es lógico que el interesado casi de modo exclusivo en el fútbol preste sólo una mínima atención al béisbol, y pueda tener una opinión muy general sobre él. En ambos casos, sin embargo, destaca la despreocupación.

Si algo distingue a las personas frívolas es su actitud despreocupada frente a la vida. No obstante, no se trata de una visión real de los problemas, de una adecuada priorización de ellos, y de la valoración de los propios recursos para enfrentarlos y re-

solverlos, que permite asumir una actitud tranquila frente a ellos. Esa actitud es, en realidad, la base de la salud mental. No es a ella a la que nos estamos refiriendo, sino a otra, caracterizada por una tendencia a no dejarse ganar ni incluir en contextos y situaciones que en verdad exigen una participación, una definición y un compromiso. Esas tres palabras, en el caso de los frívolos, son palabras unidas a muchos "peros" y a muchos verbos que se pronuncian en condicional.

La despreocupación del frívolo expresa su deseo de no acercarse a la esencia de los problemas: de preservar su tranquilidad por encima de todo. La renuencia a la participación y la incapacidad para el compromiso responden a la tendencia de las personas frívolas a evitar la angustia. La angustia, experiencia radicalmente humana, cuando se manifiesta en personas normales es una suerte de garantía de reflexión y de modificación de lo que debe ser modificado. Al no haber angustia, no hay posibilidad de cambio.

Las personas frívolas, en todo caso, no están apartadas del mundo. Muy por el contrario: imposible imaginarse

a una persona frívola voluntariamente aislada, en ayuno de contacto humano. Ellas están en relación, necesitan estarlo. Las personas frívolas resisten mal la soledad; requieren de contacto humano reiterado. El problema es la visión que tienen del mundo: no los problemas centrales ni las tareas fundamentales, sino más bien la moda, la novedad, lo que surge en el día y se impone como tema central, aunque mañana sea olvidado o sea desechado. Esas son las cosas que ocupan e interesan al frívolo. La novedad, el libro del mes, el último grito de la moda, el reciente destape periodístico, los chismes que atañen a figuras de la televisión y de la política, la partida de *bridge* o el *vernissage* del día siguiente: esas son algunas de las grandes preocupaciones de las personas frívolas. De esto se deriva una idea: la frivolidad exige que las necesidades fundamentales hayan sido cubiertas; que el hambre haya sido saciado y el frío no esté entre aquellas cosas de las que uno debe preocuparse. Quien pasa hambre y padece frío, apenas (si es que acaso) podrá darse el lujo de ser frívolo.

Paradójicamente, podría decirse asimismo que para ser frívolo es nece-

sario ser inteligente y educado. No puede ser frívolo el limitado en sus horizontes intelectuales ni el alfabeto: sus carencias de juicio, su superficialidad, su falta de vuelo introspectivo, tienen como causas limitaciones de carácter neuronal o en el plano educativo. Podrá decirse de él que es *chabacano, vulgar, mediocre, ignorante, limitado*, pero no frívolo. Todos estos (el chabacano, el vulgar, el mediocre, etc.) son víctimas de sus propias insuficiencias: falta de una adecuada educación, carencia de experiencia de mundo, falta de roce con personas de un adecuado nivel cultural o sencilla y llanamente falta de inteligencia. La frivolidad exige que quien puede ver más lejos se niegue a hacerlo; quien pueda pensar más y profundamente se contente con los lugares comunes y las ideas simplonas.

5. LA VOLUBILIDAD

Por último, está la volubilidad. O quizás la palabra más apropiada sea la inconstancia, la ausencia de perseverancia. Resulta difícil imaginarse a un frívolo como alguien constante, consecuente, perseverante, excepto en el cultivo de su vanidad y en su

necesidad de figuración. Esa inconstancia se expresa en los proyectos asumidos hoy con entusiasmo y abandonados mañana sin angustia; en los propósitos que duran sólo horas y que no se archivan sino se entierran. Todo esto, sin angustia y sin pena. Todo esto, en una atmósfera de ligereza.

El voluble es prisionero del momento de lo que ocurre aquí y ahora, de lo intrascendente que por un momento se impone a la conciencia pero que, en su caso, lo gana, lo envuelve, lo retiene hasta que, poco tiempo después, aparezca otro motivo, otra inquietud. El voluble olvida así —o posterga indefinidamente— las metas a largo plazo, los objetivos vitales apropiados a su identidad.

6. FRÍVOLOS Y FRIVOLIDADES

Hay frivolidades de toda índole. Podría decirse que la frivolidad es una asechanza en la vida de todos nosotros; aun de los que se consideran o son realmente serios. Hay frivolidades intelectuales (el libro del mes, el último alarido en materia de psicoterapia, la discusión que no conduce a nada, la curiosidad en temas esotéri-

cos por el sólo hecho de querer encontrar un antídoto a nuestro vacío interior); las hay en el trato con los demás (ciertas actitudes de discriminación en las que lo que más importa es hacer sentir al otro quién es uno, lo cual obviamente habla de cuán poco uno se siente a sí mismo); las hay asimismo en el plano de la vestimenta (el excesivo apego a la moda). Hay frivolidad en el medio universitario (el ingeniero de caminos que de pronto nos sorprende con afirmaciones desaforadas en materia de metafísica, el psicólogo que hace mil piruetas verbales y varios saltos mortales conceptuales para explicarnos del modo más abstruso lo que puede ser explicado de un modo mucho más simple); hay por supuesto frivolidad en el arte (evidente en los café-teatro y en la comedia que nos hace reír un minuto y que olvidamos en el siguiente); hay frivolidades en la política (que pueden confundirse con el oportunismo o, que mejor dicho, le sirven de apoyo y de herramienta).

En el imaginario popular hay además grupos de los que se espera más frivolidad: los hombres las esperan más en las mujeres, en especial en las muchachas; los pobres las esperan

más en los pudientes; los blancos en los negros; los heterosexuales en los gays; los militares en los civiles; los sacerdotes en los laicos. Nadie se imagina a un sacerdote o a una monja frívolos. Nadie puede esperar frivolidades en una unidad de enfermos terminales. ¿Quién se atrevería a pensar que la Madre Teresa o Albert Schweitzer pudieran haber sido frívolos?

Y, por supuesto, hay pueblos a los que se atribuye frivolidad. Por ejemplo, a los franceses (el *bon vivant*). No así a los rusos, vistos no como racionales sino como emotivos hasta la impulsividad; poseídos de una emotividad densa, compleja, por momentos casi retorcida, inimaginable en alguien que sea frívolo. Dostoievski, Tolstoi, Pushkin, Chaikovski, ¿frívolos? Imposible. Todos ellos sacan la cara por el pueblo ruso como un grupo humano enemistado con la despreocupación frívola.¹

En América Latina, brasileños, venezolanos y centroamericanos son vistos como frívolos. El estereotipo del panameño nos lo representa como preso del consumo y proclive a las vestimentas llamativas. Difícil es imaginarse, por el contrario, a un boliviano

frívolo; la pobreza, los inmensos desafíos ambientales que tiene que enfrentar se perciben como severos obstáculos para la frivolidad. Y, sin embargo, debe haberlos, pues estamos refiriéndonos a estereotipos.

Escritores frívolos los hay, en grandes cantidades. El americano Truman Capote puede ser considerado un ejemplo de ellos (véase Clarke, 1996). Músicos los hay, también. Pero entre ellos no están, es claro, Beethoven, Brahms o Mahler. Y entre los escritores que fueron cualquier cosa menos frívolos están el americano Herman Melville y el austríaco Hermann Broch. La obra de uno y otro, pero en particular la de Melville, nos revela una vida difícil, una estructura emocional sometida a grandes conmociones internas y algo así como un lacerante sentimiento trágico de la vida, para utilizar la conocida expresión de Miguel de Unamuno (otro escritor al que nadie se atrevería a calificar de frívolo). Afirmaciones que también valen para Franz Kafka. ¿Kafka, frívolo? A la luz de su obra, la pregunta es decididamente absurda.

7. LO BUENO Y LO MALO DE LA FRIVOLIDAD

La frivolidad no es mala. Un poco de ella es bueno y hasta necesario. Una vida gobernada por la seriedad tendría un horizonte sombrío, carecería inclusive en última instancia de sentido: uno no gozaría de la vida. Sería tal la presión del deber, tal la fuerza de la obligación, que nuestra vida sería apenas digna de ser vivida. Un poco de *relax*, una momentánea liberación de las grandes responsabilidades, parecen cosas necesarias en la vida de todos los seres humanos.

Cuán frívolo debe ser uno es, por supuesto, una pregunta sin sentido. Pero el humor que baja las tensiones, el arranque optimista a pesar de lo difícil de las circunstancias, la broma de buen gusto, el ingenio que disimula el error, son expresiones de la necesidad que tienen los seres humanos de no tomarse tan en serio ni de pensar acerca de la existencia en términos tan graves.

El problema con la frivolidad es que, en caso extremo, ella termina banalizando todo. Frivolidad y banalización terminan así convertidos en sinónimos. Y la banalización es la antesala

de la pérdida de una estructura valorativa que permite que el ser humano asuma su rol crítico ante los hechos que ocurren en el mundo, y que le ocurren a él o que él deja que ocurran. Hannah Arendt ha tratado el asunto de modo insuperable en su libro dedicado a Eichmann (1999).

Eso explica las idas y venidas, los acomodados y los reacomodados de los frívolos. Eso explica su negativa pertinaz a tratar sobre algunos problemas graves, que son de ellos o que ellos ocasionan a otros. Eso explica el rápido recurso a la frase bonita pero insustancial, al gesto elegante pero que a nada conduce, a la conducta hiperquinética pero ineficaz. Eso conduce a la imagen del frívolo como alguien preso del instante, pero porque quiere serlo. Porque el presente le da la seguridad de lo real, sin que la incertidumbre (rasgo irrenunciable de la condición humana) sea enfrentada por él.

8. FRIVOLIDAD Y LENGUAJE

Una mención especial merece la relación entre frivolidad y lenguaje.

La conducta no verbal ofrece una variedad en realidad infinita de gestos y

posturas que pueden ser considerados como expresiones de frivolidad. La mirada displicente o afectadamente indiferente, la ensayada configuración facial que da a entender a todas luces que se finge atención, pero que en el fondo hay indiferencia hacia el otro, alguna forma de sonreír, la actitud teatralmente exaltada: todo esto puede ser expresión de frivolidad.

Pero puede ser también que nos engañemos. Los adolescentes asumen muchas de estas conductas como un modo de ensayar roles o para ocultar su timidez (Horrocks, 1984). No sucede lo mismo con el lenguaje, cuya capacidad expresiva es mil veces superior.

El lenguaje es sonido con sentido. Un sentido que tiene que ver con el contexto social en el cual se produce. Las palabras, unidades elementales del lenguaje, sirven para múltiples fines: tanto para atacar como para defender, tanto para aclarar como para mentir, tanto para calmar como para intranquilizar. Expresan ellas, además, la identidad de quien las pronuncia. El carácter eminentemente plástico de las palabras y su indisoluble unión con quien las emplea, las convierten en la vía preferida y

más efectiva de comunicación, en el modo más rotundo e inconfundible de expresar la propia identidad.

Uno de los usos frívolos de la palabra ocurre en el chisme. El chisme, que en su forma de mayor peligrosidad asume la forma de la maledicencia, ¿qué es, sino una conducta frívola? Su concentración desmedida en el otro; su proclividad a destacar o a adivinar (cuando no a inventar) lo malo, lo sórdido en la persona de la cual se habla mal, ¿no revelan al mismo tiempo la agresividad hacia los demás y la decepción con respecto a las potencialidades propias, una desatención trágica de la vida y las circunstancias de uno mismo?

El maledicente se concentra en lo negativo, en lo escabroso y tortuoso presente en todos nosotros, y lo eleva al tema del día, a la balanza de aquilatamiento definitivo de una persona. Realidad y fantasía; lo ocurrido y lo que se supone que pasó; nuestro sentido moral y nuestras proclividades se dan la mano en la maledicencia (Levin & Arluke, 1987).

El silencio respetuoso ante el drama ajeno o el que se impone para evitar que el escándalo innecesario con-

mueva a las personas se rompe no para una denuncia abierta —que puede ser positiva— sino para la murmuración, para el paso de boca en boca, con las deformaciones del caso, de lo que ocurrió o lo que tal vez no pasó, pero que queremos hacer pasar por cierto.

Exactamente en el lado opuesto, en la tendencia al *self-disclosure*, al comentario abierto y desinhibido de taras, dramas, peculiaridades, excen-tricidades y manías de uno, ¿no hay acaso en eso también frivolidad? El drama de la vida propia, el valor de lo vivido, de lo sentido y de lo sufrido en la intimidad se devalúan y se convierten en moneda de empleo corriente. La intimidad y la identidad se vienen abajo entonces.

Está, por último, la adulación. La adulación demanda palabras. No se puede adular sólo con gestos; tienen que haber palabras. Y las palabras tienen que tener una propiedad casi gustativa: deben ser *dulces*, deben ser *agradables*, deben ser *bonitas* y *caer bien*. Y deben, en el fondo, ser *mentiras*. Lo saben tanto el adulado como el adulator. El primero, porque requiere de ellas para crearse un mundo a la medida de sus expectativas;

el segundo, porque espera obtener beneficios a través de ellas. Porque, como lo anota Starobinski (2001), la adulación es cambiar palabras por favores. Lo que significa que palabras y actos pueden terminar teniendo el mismo peso y acarreando graves consecuencias.

Oscar Wilde, el esnob por excelencia de la Inglaterra de las postrimerías del siglo XIX, fue condenado a trabajos forzados no sólo por su condición de homosexual; lo fue tal vez sobre todo por sus palabras que, en medio de una conducta llamativa y provocativa, despertaban reacciones encontradas y le iban sembrando enemistades. No nos damos cuenta hoy, por el tiempo transcurrido, de lo que en su momento significaron obras suyas como *La importancia de llamarse Ernesto* y *Un marido ideal*. Ni podemos imaginarnos con claridad la reacción del lector promedio del *Saturday Review* ante afirmaciones de Wilde (1981) como estas: “*Public opinion exists only where there are no ideas*”, “*The English are always degrading truths into facts. When a truth becomes a fact it loses all its intellectual value*” y “*Friendship is far more tragic than love. It lasts longer*”.

9. LA FRIVOLIDAD EN AMÉRICA LATINA

¿Y qué se puede decir acerca de la frivolidad en América Latina?

Pues mucho, a no dudarlo. América Latina es tierra de los imposibles. *Todo puede suceder acá*: una expresión que se escucha con gran frecuencia en Lima, Buenos Aires, México D.F., Quito o Caracas. Así es: todo puede suceder acá.

Aunque algo sea pensado como imposible es mejor contar con la posibilidad de que ocurra. Esa sensación de que lo que ahora es puede no ser en el próximo instante, y de que lo que no es puede concretizarse de un momento a otro, ha sido probablemente uno de los mayores estímulos para la forja de creaciones literarias como las de Gabriel García Márquez.

Todo puede ocurrir. Desde un régimen sombríamente serio como el de José Gaspar Rodríguez de Francia en el Paraguay, hasta el suicidamente frívolo de Hugo Chávez en Venezuela, pasando por la ilusión imperial de Maximiliano y Carlota en México, la demagogia hipernacionalista de un José María Velasco Ibarra en Ecuador,

de un Alan García en el Perú y los cambios ideológicos del boliviano Víctor Paz Estenssoro de la década de los cincuenta versus el Víctor Paz Estenssoro de los años ochenta.

En un contexto así, la frivolidad encuentra ocasiones propicias y protagonistas de nivel. Ya en la Colonia encontramos esa predilección por la pompa que aún persiste en muchas latitudes latinoamericanas. “Los virreyes —escribe Baudot (1995)— llevaban realmente una vida de soberanos, rodeados por una auténtica corte, en ocasiones brillante e invariablemente suntuosa” (132). Ciertamente: algunos de estos gobernantes enviados por la metrópoli hispana se tomaban las cosas en serio; en ocasiones demasiado en serio. Tal el caso de Francisco de Toledo, virrey en el Perú entre 1569 y 1581. Otros, sin embargo, se las arreglaban para mezclar placer con trabajo en niveles apropiados: Manuel Amat y Junient, virrey entre 1761 y 1776, escandalizando a la sociedad limeña por su relación con Micaela Villegas, La Perricholi.

La vida cotidiana de los pobres en la Colonia era gris y marcada por apuros de toda índole. No así la de los nobles. En su magnífico estudio sobre la

nobleza de Lima entre 1700 y 1850, Rizo-Patrón Boylan (2000) nos ofrece un cuadro del diario vivir y de las preocupaciones de sus integrantes. No desaparece en modo alguno la frivolidad cuando las colonias se independizan. Por el contrario, casi podría decirse que se acentúa. La reciente biografía novelada de Bolívar, de la pluma de García Hamilton (2004), nos lo presenta en su real grandeza, pero asimismo en su proclividad hacia la frivolidad.

Por su parte, Jorge Basadre (2002), conocido historiador peruano, no tiene una opinión muy favorable acerca de los primeros presidentes de su país. Vanidoso es para él José de la Riva Agüero; Luis José de Orbegoso no se libra de sus críticas, por su carácter débil. Sólo Andrés de Santa Cruz merece los calificativos de serio y tranquilo, pero el historiador agrega además: “formulista, desleal, lleno de recodos” (vol. 2; 101).

A su vez, Manuel Vicuña (2001), al tratar de la *belle époque* chilena (postimerías del siglo XIX e inicios del XX), escribe: “En ese tiempo, según María Graham, la ‘mayoría de los artículos finos parte de inmediato (incluso sin abrir) a Santiago. John Miers,

en la misma época, se mostró sorprendido ante la pasión por el consumo suntuario observado en las mujeres. Las damas compraban 'cualquier cosa nueva o extraordinaria', no habiendo precio que las disuadiera de hacerlo; y, 'sin importar cuan caro sea un vestido', anotó sorprendido, la costumbre imperante obligaba a 'nunca aparecer dos veces con la misma vestimenta'" (33).

10. LA FRIVOLIDAD EN EL PERÚ

El Perú es un país en el cual podemos encontrar excelentes especímenes de la frivolidad. Nicolás de Piérola en su primer gobierno, por ejemplo, preocupado por diseñar el nuevo uniforme de las tropas peruanas, que no tenían ni siquiera buenos zapatos para enfrentar al invasor chileno que se acercaba ya a la capital (McEvoy, 1997). Vidaurre, el ideólogo de los inicios de la República, poseedor de una brillante retórica que hoy le servía para demostrar con gran énfasis lo que mañana iba a negar con no menor fuerza. Allí está, en el presente, algún ex mandatario cuestionado y marcado a fuego por el escándalo, con su urgente necesidad de estar en el centro de la noticia y

su desesperación por tener para sí un capítulo en la historia. O La China Tudela, personaje de antología, con su racismo de medio pelo y su lenguaje esnob. En el escenario peruano está también algún jurista, ansioso de la figuración y cargado de sofismas. Y un historiador, no hace mucho muy respetado, amigo de la frase fulminante pero incapaz del esfuerzo continuado que habría dado a la luz una obra que estuviera a la altura de su real inteligencia.²

En las imágenes mentales de los peruanos, la frivolidad no sigue la curva de distribución normal. Ella parece propia del costeño, en particular del limeño y en menor medida del selvático. Pero está ausente del serrano, de aquel que vive en la columna dorsal del país, en alturas de tres o cuatro mil metros. Sociables, habladores, "amigueros", pero también envidiosos, ociosos, proclives a la figuración: así se suele ver a los limeños. Los serranos, por el contrario, son vistos como reservados, trabajadores y más bien tímidos (León, 1998; León et al., 2000).

Pero también el Perú tiene personajes inmunizados ante la frivolidad: José Luis Bustamante y Rivero, Honorio

Delgado, Jorge Basadre. La seriedad del primero, la integridad del segundo, la magnitud de la obra del tercero, y la definida superioridad ética de los tres hacen de ellos la negación peruana de la frivolidad.³

11. FRIVOLIDAD Y MENTALIDAD

CRIOLLA

El criollo es un personaje del escenario social peruano. Un personaje muy importante, por lo demás, razón por la cual es una pena que se carezca de estudios sobre él. La importancia del criollo proviene de su imagen por lo general negativa. Surgido en el encuentro traumático entre el conquistador y la mujer indígena sometida a este, el criollo fue visto en la Colonia como alguien de segunda, sin los derechos de los españoles de pura sangre. Y después, en la República, que el criollo heredó, este ha sido visto como el causante de muchas de las desgracias del país. Su disposición a burlar las leyes hace de él la personificación de la anomia, su oportunismo, su deseo de relucir a través de picardías, piruetas verbales o logros de nimio significado social, le han merecido calificativos muy duros.

Lo criollo ha sido visto como lo más alejado, casi reñido, con la reflexión, con el propósito continuado y el esfuerzo permanente. "Una *criollada* califica la indelicadeza del ambicioso de baja extracción; en la expresión *criollazo* se encuentra también la idea de astucia vulgar y vasta", escribe un estudioso francés de la realidad peruana (Bourricaud, 1989; 98).

¿Son los criollos frívolos? Por alguna razón parece que no. El estereotipo del criollo es el de la persona despierta, verborreica; amiga del gesto que impresiona y dispuesta a mostrarse como superior. Todo esto la asemejaría al frívolo. Pero resulta que por alguna razón el criollo es visto como alguien con poca educación, inclusive con poca instrucción, y por tanto con limitadas luces, con escaso mundo, que sólo aspira al relumbrón y cuyas vanidades son mediocres como mediocres son también sus reales logros. Por eso, el criollo no sería frívolo, sino más bien la caricatura de la frivolidad.

Lo criollo es, como otros conceptos aquí tratados, una realidad compleja. Portocarrero (2000) afirma con razón que la palabra criollo "está cargada de ambivalencia, pues tan pronto

significa algo apreciado y querido, como algo extraño y repudiable" (541). Quizás lo que falta en el criollo, por falta de recursos, por falta de sofisticación proveniente de experiencias en ambientes elaborados y, por último, por falta de ambición, es el refinamiento que puede alcanzar el frívolo. Un Oscar Wilde, que al mismo tiempo que hace gala de su ingenio verbal, nos deja pensando, nos mueve a cuestionar la realidad. ¿Algo así en el Perú? Sinceramente, lo dudamos.

Pero no sólo en el Perú el criollo es mal visto. "Los criollos son impermeables a las buenas razones; su comodidad y su rutina valen mucho más que cualquier derecho de la colectividad; abominan el esfuerzo amplio que otro desarrolla, porque puede arrastrarlos en un movimiento considerable y elevar al que envían, mas no emulan; piden con ardor progreso, disciplina, cultura (sólo de palabra, naturalmente), pero con la expresa condición de que no se toquen sus regalonas costumbres ni se les exijan sacrificios. Escuchan las prédicas con aires de convencidos, y hasta llegan a felicitar al orador; pero siempre tienen un chiste o una desvergüenza para matar la iniciativa más noble". Quien escribe esto es

Adolfo Ibáñez Boggiano, periodista chileno (citado por García-Huidobro McAuliffe, 1998; 23).

Y léase, por último, para acabar esta sección, lo siguiente: "No da la impresión de que indague nada ni le incite ningún propósito de hacer nada siendo que tiene muchas cosas que hacer. Puede suceder que se encuentre debajo de un rancho y que no mueva una astilla para mejorarlo. Pensará en una casa confortable, pero seguirá viviendo precariamente debajo de un techo improvisado". ¿El criollo peruano? No. ¿El criollo chileno, entonces? Tampoco. El paraguayo, en la visión de Saro Vera (1996; 201-202).

12. MEDIANÍA, EXCELENCIA Y FRIVOLIDAD

Permítasenos una digresión sobre la frivolidad y las profesiones.

Hay —eso parece, al menos— profesiones más proclives a la frivolidad que otras. Por ejemplo, se espera del artista, en especial del artista segundón, una tendencia a la frivolidad y a la bohemia. Del genial, de un Miguel Angel o de un Leonardo, se esperan

excentricidades y tormentas de angustia. Sin embargo, es imposible imaginarse a uno o a otro como frívolos. Locos, tal vez; anormales, con toda seguridad. Pero apasionados. Y alguien apasionado no puede ser frívolo. Pero de los que no alcanzan esas cimas de talento la sociedad puede imaginarse que sean frívolos, inclusive que empleen su frivolidad y sus excentricidades para perfilarse mejor. Una excepción la constituye Dalí, que innecesariamente recurría a la figuración y a las excentricidades, dado que con la calidad de su obra bastaba y sobraba.

El mundo del arte es despiadado: sólo hay lugar y gloria para los mejores de los mejores. En un medio así —ayer como hoy— celos, envidias, rivalidades, venganzas y mezquindades han sido moneda de uso corriente. No todos son un Miguel Angel ni un Leonardo. ¿Quién recuerda hoy a Leone Leoni, un contemporáneo del gran Cellini? Cualquier medio valía en el pasado (tal vez también hoy) para llegar a la fama, como lo demuestran Wittkower & Wittkower (2000).

Es difícil imaginar a un jurista frívolo en el ejercicio de su profesión, pero

es fácil imaginar a un psicólogo proponiendo nuevos nombres para conceptos que son claros; demostrando, por el recurso del inconsciente, que dos más dos no es cuatro sino tres; ensayando terapias que él no conoce ni mucho menos domina, y afirmando que los terroristas son enfermos mentales y que el Perú es un país psicótico.

Es igualmente difícil imaginar a una enfermera frívola, a un arqueólogo descuidado, a un historiador que maneje con superficialidad los archivos. Pero es fácil imaginar a un periodista pontificando sobre temas que conoce sólo desde ayer, a un sociólogo que se imagina gran escritor, a un filósofo que desbarra tratando de explicar el universo.

Las ciencias y las profesiones tienden a desarrollar mecanismos que alejan a los diletantes, la frivolidad hecha carne y hueso. Aquellas usan un lenguaje altamente especializado, compartido sólo por los iniciados. Van formando así interlocutores calificados y lo que Lolás Stepke llama la lectoría específica (1997). "El profano inteligente de la época de Charcot probablemente podía leer, y aun entender, lo que este médico ilustre

manifestaba sobre la histeria y las enfermedades mentales. Un hombre como Edison podía sacar provecho de la literatura física especializada de su época. Hoy, el lenguaje científico es inaccesible para quien no se ha familiarizado tempranamente con los modos de su producción y su específica contextualidad. La publicación científica —y en cierta medida también la profesional— no comunica. Su finalidad es sentar prioridad, ganar prestigio, desarrollar argumentos verosímiles para quienes saben entenderlos y apreciarlos”, señala (154-155).

Pero muchas veces los profesionales y los intelectuales no sólo quieren impresionar a sus colegas y a sus competidores. Mentes privilegiadas se proponen metas no menos privilegiadas: cambiar el mundo, transformar de raíz la sociedad. Y para ello incursionan en terrenos alejados de sus ámbitos de acción y de trabajo. Comienzan a pontificar; se vuelven maestros del *bon mot*.

Paul Johnson (2000) ha escrito un ácido, desencantado libro sobre esto. Su lectura es altamente recomendable.

¿No es el estudio de la frivolidad en sí un tema frívolo dentro de las ciencias sociales y, sobre todo, en un contexto tan difícil, tan carencial como el latinoamericano? A primera vista, sí. Hay evidentemente temas de mayor importancia a nivel mundial, como también en el plano regional. Desde el 11 de septiembre del 2001 el terrorismo como tema de estudio ha pasado a ocupar la atención de muchos científicos sociales, y con razón. No es el único tópico: tenemos también la cultura juvenil, el creciente envejecimiento del Viejo Continente; sólo dos de ellos, para no mencionar más.

Sin embargo, la frivolidad posee asimismo gran importancia. El resquebrajamiento de la familia como unidad básica de la sociedad, la inmensa distancia entre jóvenes y ancianos, la práctica de deportes violentos, el consumo de drogas, la formación de sectas: todos estos problemas y otros más han sido relacionados con la sensación de vacío interior, de falta de metas y de ausencia de compromisos que distinguen al mundo de hoy. La frivolidad, la inmersión en ella o su rechazo en pos de una vida que ofrezca algo de sentido o de sensación

de que se existe, acechan en todos estos temas.

Es por eso que existe hoy un gran interés entre los científicos sociales por estudiar lo que ocurre en la vida cotidiana de las personas (Mecacci, 1999). La vida cotidiana es la vida vivida día a día. *Es la vida misma* con sus rituales, regularidades, frustraciones y entusiasmos: las tempranas salidas al trabajo, las largas jornadas laborales, la visita obligada a los supermercados al acabar la tarde o durante el fin de semana, la reunión con los amigos del barrio. Esta trama cotidiana de la cultura nos da identidad, nos crea intimidad y familiaridad, que se rompe en situaciones extremas: la emigración, por ejemplo.

Y crea también afectos: "las emociones no existen de modo independiente con respecto a las experiencias de la vida cotidiana" es argumento de los sociólogos construccionistas (Adler et al., 1987). Esas experiencias crean estados afectivos, los modulan, les dan oportunidades y formas de expresión.

La sociedad actual estimula la frivolidad al reducir la vida al consumo. Al incitar a no reflexionar sino a actuar, y a sencillamente vivir. A no educarse,

sino a aprender estrictamente lo necesario. El estudio de las humanidades ha pasado a la historia; la ética depende hoy del punto de vista desde el cual se miren los problemas.

En el mundo de hoy se celebra el cambio por el cambio; se recomienda vivir al día; se promueve el amor desmedido a sí mismo. El ego se ha convertido en el nuevo dios del mundo moderno.

La sociedad moderna estimula la frivolidad al demandar una actitud flexible frente a todo, al relativizar los valores. Y al insistir en que todo es negociable y que la frase que debe regir nuestra existencia en todo contexto es *take it easy*.

NOTAS

¹ Se trata, por supuesto, de estereotipos sobre los cuales tanto pueden hablar los psicólogos. Kerenski, que llegó al poder tras el derrumbe de la dinastía Romanov en la Revolución de Octubre, era un personaje frívolo. Dos historiadores escriben sobre él: "Kerenski se preocupaba mucho de su aspecto personal y era fuente de gran orgullo para él. Todo formaba parte de su vanidad y de ser consciente de la importancia que tenía la imagen pública para un ministro revolucionario. Incluso en los momentos más álgidos de la lucha,

durante los Días de Octubre, cuando se presentó ante los cosacos en la batalla contra los Guardias Rojos por Gatchina, Kerenski se aseguró de llevar su túnica favorita, tal como recordó en sus memorias cincuenta años más tarde" (Figes & Kolonitskii, 2001; 114-115).

² Las menciones corresponden a personajes de la historia del Perú, así como a figuras de la escena política peruana de nuestros días. Nicolás de Piérola (1839-1913) fue un político peruano del siglo XIX, que mediante una revuelta llegó al poder en 1879, cuando el Perú se encontraba envuelto en la sangrienta Guerra del Pacífico. Al tomar Lima las tropas chilenas, Piérola se retiró de la capital rumbo a la sierra central del país, en donde guerreaba Andrés Avelino Cáceres (1833-1923), militar peruano que mantuvo la resistencia hasta el final del conflicto en 1883. Piérola volvió a ser Presidente del Perú entre 1895 y 1899.

Manuel Lorenzo de Vidaurre (1773-1841) fue un ideólogo y político peruano que a lo largo de su agitada existencia se caracterizó por emitir opiniones ligeras sobre temas y preocupaciones de la naciente nación peruana, optando por posturas contradictorias. En el Perú es aún hoy famosa la expresión "Vidaurre contra Vidaurre".

El ex mandatario al que se hace referencia es Alan García, que gobernó entre 1985 y

1990, y dejó el poder envuelto en severos cuestionamientos no sólo acerca de su capacidad para dirigir el país, que se encontraba postrado debido a su errática política económica, sino también acerca de su honestidad.

La China Tudela es un personaje literario creado por Rafael León. El jurista es Javier Valle Riestra, defensor de los derechos humanos que sin embargo terminó asumiendo el cargo de primer ministro, por tiempo breve, durante la gestión de Alberto Fujimori. Por último, el historiador es Pablo Macera, conocido intelectual peruano al que alguna vez se calificó de "la conciencia moral del Perú", pero que, para sorpresa de todos, terminó formando parte de la lista parlamentaria de Fujimori.

³ José Luis Bustamante y Rivero (1894-1989), Honorio Delgado (1892-1969) y Jorge Basadre (1903-1980) son tres figuras de primer orden en la cultura peruana del siglo XX. Bustamante y Rivero, jurista, alcanzó la Presidencia del Perú en 1945, pero fue derrocado en 1948. Años después fue elegido miembro del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, del que fue presidente (1967-1970). Honorio Delgado fue un conocido psiquiatra, de amplia productividad científica y literaria. Jorge Basadre (1903-1990), historiador, es el autor de una monumental *Historia de la República del Perú*.

BIBLIOGRAFÍA

ADLER, P.A.; P. ADLER & A. FONTANA. "Everyday Life Sociology." *Annual Review of Sociology* 13 (1987): 217-235.

ARENDT, H. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen, 1999.

- BADINTER, E. *XY. La identidad masculina*. Barcelona: Norma, 1993.
- BASADRE, J. *La iniciación de la República. Contribución al estudio de la evolución política y social del Perú*. 2 vols. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2002.
- BAUDOT, G. *La vida cotidiana en la América española en tiempos de Felipe II. Siglo XVI*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- BOURRICAUD, F. *Poder y sociedad en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos, 1989.
- CLARKE, G. *Truman Capote. La biografía*. Barcelona: Ediciones B, 1996.
- ELIAS, N. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- FIGES, O. y B. KOLONITSKII. *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*. Madrid-Valencia: Biblioteca Nueva-Universitat de València, 2001.
- FONE, B. *Homophobia. A History*. New York: Metropolitan Books, 2000.
- FROMM, E. *¿Tener o ser?* México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- GARCÍA HAMILTON, J.I. *Simón. Vida de Bolívar*. Buenos Aires: Sudamericana, 2004.
- GARCÍA-HUIDOBRO MCAULIFFE, C. *Tics de los chilenos*. Santiago: Sudamericana, 1998.
- GIDDENS, A. *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península, 1997.
- GRACIÁN, B. *El héroe-El discreto-Oráculo manual y arte de prudencia*. Barcelona: Planeta, 2001.
- HORROCKS, J.E. *Psicología de la adolescencia*. México D.F.: Trillas, 1984.
- JOHNSON, P. *Intelectuales*. Barcelona: Javier Vergara, 2000.
- LEÓN, R. *El país de los extraños. Una encuesta sobre actitudes raciales en universitarios de Lima Metropolitana*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 1998.
- LEÓN, R.; G. REYES y O. VELA. *Racismo, aristocracia y pseudomodernidad. Actitudes raciales en Lima y Trujillo*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2000.
- LOLAS STEPKE, F. *Más allá del cuerpo. La construcción narrativa de la salud*. Barcelona: Andrés Bello, 1997.
- LERSCH, PH. *La estructura de la personalidad*. Barcelona: Scientia, 1968.
- LEVIN, J. & A. ARLUKE. *Gossip. The Inside Scoop*. New York: Plenum Press, 1987.
- MCÉVOY, C. *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997.
- MECACCI, L. *Psicología moderna e postmoderna*. Roma-Bari: Laterza, 1999.
- MIRA, A. *Para entendernos. Diccionario de cultura homosexual, gay y lésbica*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad, 1999.
- PORTOCARRERO, G. "La transgresión como forma específica de goce del mundo criollo. Eds. S. López Maguiña; G. Portocarrero y V. Vich. *Estudios culturales: discursos, poderes, pulsiones*. Lima: Pontificia Universidad Católica

- del Perú-Universidad del Pacífico-Instituto de Estudios Peruanos, 2001.
- PRATER, D.A. *Thomas Mann. A Life*. Oxford: Oxford University Press, 1995.
- RHODES, PH. *Introducción a la historia de la medicina*. Zaragoza: Acribia, 1985.
- RIZO-PATRÓN BOYLAN, P. *Linaje, dote y poder. La nobleza de Lima de 1700 a 1850*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- SACCÀ, A. *Dizionario di sociologia*. Roma: Tascabili Economici Newton, 1996.
- STAROBINSKI, J. *As máscaras da civilização. Ensaio*. Sao Paulo: Companhia das Letras, 2001.
- STEINER, G. *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- VERA, S. *El paraguayo (un hombre fuera de su mundo)*. Asunción: El Lector, 1996.
- VICUÑA, M. *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de élite en el cambio de siglo*. Santiago: Sudamericana, 2001.
- WILDE, O. *Complete Works*. London: Book Club Associates, 1981.
- WITTKOWER, R. y M. WITTKOWER. *Nacidos bajo el signo de Saturno. Genio y temperamento de los artistas desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*. Madrid: Cátedra, 2000.